



# Amsterdam

*Tardes de lluvia* en el veranito.

Bella ciudad-museo con atractivo de tarjeta postal donde el constante ir y venir de los paquebotes llevando turistas parece un aburrido mal necesario. La bella ciudad ha conjugado en sus calles el truco de la sociedad del espectáculo. Atiborrada de turistas veraneantes es, al mismo tiempo, la Disneylandia de los vicios. Pero si es viciosa, Amsterdam, no parece descarada ni malvada. Uno puede fumar hierba, inhalar cocaína y visitar a las prostitutas en su aparador donde se atisba la camita para hacer el amor (con condón, por supuesto) sin correr peligros. En las calles de la bella ciudad se va por un canal –o en eficaz transporte público– al museo en forma de oreja donde Van Gogh, desorejado y trágico, representa millones de euros al año en entradas. El turismo internacional desfila ante los cuadros con paciencia vacuna pero la mayoría no ve nada. Desfilan

exactamente igual ante los aparadores de las prostitutas. En su mayoría incapaces de ver, oír o ir a alguna parte por sí mismos, los turistas siguen religiosamente su *Lonely Planet* o su *Travelers Guide* y la prostituta en el aparador exhibida como cualquier otro producto comercial son sólo visitas obligadas entre la feria de quesos o la estúpida ciudad miniatura.

Las mujeres en el aparador y la libertad para drogarse, beber y tener sexo con prostitutas, siempre y cuando respetes la ley, pagues impuestos y uses el preservativo, esto es, la representación de los vicios controlados eficazmente por un sistema burocrático, carecen del descaro, la clandestinidad y el peligro que forman parte del atractivo canalla de lo que ha pertenecido tradicionalmente a un submundo degradado, convirtiéndolos en otro *souvenir* cualquiera. Y esa decadencia controlada de Amsterdam es un atractivo más para la pujante y aburrida cultura de turismo *charter* que tanto éxito tiene en el mundo contemporáneo, donde el negocio es divertir a los turistas asistentes a congresos y festivales, similares en todo el mundo, editoriales, musicales, farmacéuticos, *car shows*, festivales de cine, todo con un tufillo comercial auspiciado por sus respectivas industrias y vendido al público como cultura y un negocio de los políticos denominado “imagen de la ciudad”. Dijera alguien que no es sino la aspiración de los pastores capitalistas de

contemporizarlo todo y reducir la decadencia a un uso simbólico que se parece a la libertad para que forme parte del negocio: lo bukowskiano también vende.

Por lo que es obligado tener paciencia y quedarse para trascender el umbral de lo inmediato. Una vez que uno se va familiarizando con la ciudad, con sus rincones y sus oscuras puertas, sus barrios secretos y sus tugurios, Amsterdam, como cualquier otra ciudad en la que uno permanezca un tiempo, comienza a revelar sus secretos. Fuera de las rutas turísticas, detrás de las fachadas y bajo sus puentes y en sus oscuros canales, en Amsterdam viven secretos y aún perduran ritos y sectas que durante años forjaron el oscuro mundo de Europa.

Así fue como me lo dijo ese hombre.

Lo conocí casualmente, una tarde, en un cafetín donde di en refugiarme. El hombre, aunque serio y distante, tenía disponibilidad para la conversación, la cual llevábamos a cabo en inglés. Escuchó pacientemente mis críticas a lo comercial y turístico que estaba arrasando las ciudades, lo cual él justificó como un mal necesario que producía muy buenos dividendos al año.

—¿Qué se le va a hacer? —suspiró— Ciudades como ésta sobreviven en calidad de museo, y los museos requieren costosos mantenimientos, ¿no lo cree así?

Hablamos de Venecia y Praga. De pronto, tras un silencio, comentó:

–Aquí hay un club de caballeros que es muy antiguo.

Dijo esto con cierto aire enigmático.

Y luego dijo:

–El club de los caballeros no representaría el orgullo de ninguna ciudad, a excepción de algunas ciudades de Norteamérica, donde ese club de caballeros se rebajaría entonces a una excentricidad, eso que allá llaman “bizarro” y en realidad, motejándolo así, lo echa todo a perder.

El hombre llevaba un ajado traje de tres piezas, de muy buena calidad pero que había conocido mejores épocas. Un pañuelo blanco y perfumado sobresalía de la bolsa del pecho.

La referencia no fue afortunada. Me imaginé un club de europeos tradicionalistas ansiosos de conservar viejas y estiradas costumbres. No me mostré interesado, relacioné el título de “club de caballeros” con su ajado traje de tres piezas.

Luego, en los días siguientes pensé en la conversación. Había pasado por alto la referencia a “bizarro” que había hecho. ¿Cómo era que mi curiosidad no se había despertado?

Días después, sentado en una banca del parque cercano al cafetín, en el penúltimo día de mi solitario viaje, volví a encontrarme con el rojizo caballero holandés.

El día anterior, en el *red lighth district* había visto un espectáculo de sexo en vivo en un pequeño teatro en el que, según comenté al caballero en la banca del parque, no podría decir si aducía de la misma sensación artificiosa. Quizás años atrás, en un tugurio clandestino y frente a una sociedad hipócrita, habría sido un espectáculo desafiante. Pero a orilla del canal, entre cafés y restaurantes para turistas y mientras por el canal hordas de jóvenes norteamericanos *spring breakers* paseaban en barcas alborotando con bocinas enormes donde sonaban ritmos de una repetitiva música tecno y proferían gritos salvajes de diversión imitados de la cultura *entertainment television*, aquella oferta no podía ser sino más de lo mismo. Pero aun así me formé en la fila del pequeño teatro que ofrecía “sexo en vivo”. A la entrada del lugar, armenios o árabes con actitud estereotipada de mafiosos, cuidaban el sitio e invitaban a los transeúntes a ver el *unique espectáculo*.

Después de la fila, había un pequeño *lobby* con una dulcería y dentro unas hileras de butacas y un escenario con una cama giratoria. Un público compuesto ese día en su mayoría por jóvenes norteamericanos deseosos de divertirse y algunos turistas europeos veraneantes. Una música exótica dio inicio a la función, una luz en penumbra y la cama comenzó a girar. Una mujer apareció en el escenario, se desnudó ajena a todo como si estuviera en su alcoba y luego un joven surgió de

las sombras con apenas una tanga. Se despojó de la tanga y dejó ver un pene pequeño, lo cual resultó tan extraño, que incluso detuvo los murmullos del público por un instante, haciéndose un escandaloso silencio, si podemos llamarlo así. El imaginario porno ha sembrado en el subconsciente de la sociedad a tipos musculosos de grandes penes y actitud masculinamente agresiva haciendo el amor con perversas muñecas barbies llenas de cirugías y silicona, y he aquí que lo que aparecía era un desmirriado joven, no muy agraciado ni de cuerpo ni de cara, con ese pequeño pene. Sin duda resultaba extraño, casi monstruoso, por ser las antítesis del imaginario porno. El joven se arrojó a la cama giratoria como si se arrojara a una alberca. Tras un preámbulo de besos y caricias y falsas caras de excitación, el joven logró una erección y se acoplaron en diferentes posiciones, la cama seguía girando, y en el momento en que lo hicieron a gatas, desde mi punto de vista en la tercera fila en el diminuto teatro, comprobé que no había truco, el penecito entraba y salía en la vagina de ésa que imaginé debía de ser su mujer. La tenue música cambiaba y por fin ¿fingieron? llegar al orgasmo. Eso fue todo. Una ligera venía y desaparecieron entre tibios aplausos. Surgieron vendedores de *whisky*, cerveza holandesa, palomitas y dulces como en un cinito de barrio, pero todo a sobreprecio. Se apagó nuevamente la luz, se abrió el telón y surgió un negro musculoso y

guapo vestido de militar americano. Gritos de las chicas norteamericanas. Un *stripper*. Se fue despojando de su uniforme con movimientos sexys, más gritos, y de ahí en adelante, para felicidad de las chicas americanas que por fin veían algo que podían identificar con su cultura, profirieron gritos jubilosos de estarse divirtiendo enormemente y cuando el negro bajó, sonriente y pícaro con su erección a cuestas hubo un gran alboroto. Pero rápido regresó para desaparecer tras el telón con un cálido aplauso. Enseguida un número cómico. Una mujer vieja vestida de *dominatrix* y un pobre hombre con pinta de oficinista y fracasado. Risas. Aplausos. Y eso fue todo.

El caballero parecía aburrido con mi relato.

–Si, conozco el número –dijo–. Es frecuente en la Warmoestraat. Desaparece un tiempo, pero siempre vuelve.

–Me quedé pensando en lo que me contó el otro día, el club de los caballeros que mencionó, quizás sea algo parecido... –dije eso como sin querer.

–Lo que yo digo es diferente –me interrumpió el caballero, impaciente–. No es para cualquiera.

Me quedé callado, a la espera de algo más. Pero cambió de tema. Me habló de la industria de los tulipanes, dijo que en su mayoría eran plantados y cosechados en criaderos techados, rociados con fertilizantes y protegidos con climas refrigerados.



—¿Eso los hace artificiales? —preguntó, y se contestó—: No. Siguen siendo naturales. Pero son tan perfectos que no puedo menos que pensar en flores de plástico. La perfección me recuerda lo artificial. Lo bello siempre es imperfecto.

Luego sacó su reloj de leontina, lo observó y se puso de pie para despedirse. Cuando estiraba la mano y yo creía que era para despedirse y estiraba a mi vez la mía para estrecharlo, me di cuenta que en la suya había un pequeño boleto impreso al estilo antiguo.

—Mire —casualmente aquí tengo un boleto para la próxima función del club de los caballeros. Yo no podré asistir, así que tiene suerte. Sucede todos los jueves primeros de cada mes, desde hace muchísimos años, a las seis en punto de la tarde. Solamente ha sido interrumpido por las dos guerras. Si se queda, podrá verlo. Tiene que ir vestido de etiqueta, lo siento, pero es un requisito. Es algo caro, no se lo digo para que me lo agradezca. No podría darle ese boleto a nadie que conozco pues quizás me juzgarían mal. Creo que es usted un hombre con el criterio suficiente como para ver un espectáculo así sin escandalizarse. Lo que vio en la Warmoestraat es una vulgaridad, algo para turistas.

Le di las gracias y se fue sin más.

Miré el boleto con curiosidad, me hizo recordar la novela de Herman Hesse, *El lobo estepario*, en una vieja edición de mi padre de 1943 que incluía en una de sus

páginas un boleto impreso parecido a ése. “Sólo para Caballeros” decía el boleto que acababa de recibir. Aquel boleto inserto en las páginas de *El lobo estepario* decía “Sólo para Locos”.

En tres días más sería el primer jueves del mes. ¿Qué tenía que perder? Cambié mi boleto de tren de regreso a París y durante un par de días más vagué por las calles de la hermosa ciudad descubriendo rincones y parándome a descansar en librerías de viejo y cafés recordando las palabras del holandés.

En el día señalado renté un traje esmoquin, no sin albergar alguna duda, pues a todo el que le había mostrado el boleto decían desconocer tal espectáculo. Quizás me habían timado, se atrevían a sugerir algunos. “Tenga cuidado”, me dijo el botones del hotel, “puede ser una trampa, esto se ha llenado de gitanos últimamente y éstos son capaces de todo con tal de timar”. Pero estaba decidido, me había quedado para eso y llegado el momento pedí informes de cómo llegar a esa dirección y me enviaron a un lugar cercano a la vieja estación del ferrocarril.

Me dirigí hacia allá. La zona estaba invadida por gitanos que pululaban ganándose unas monedas como músicos callejeros. Ahí, según las instrucciones que me dieron en el hotel, tomé un bote de un color y señas determinadas y mostré al operador la dirección del boleto, a lo que asintió como si la conociera. Me

llevó en silencio y lentamente por canales estrechos y alejados de la ruta turística, hasta una puerta negra, con paredes plagadas de moho. Bajé del bote a los resbalosos escalones y trasasé la puerta pesada y antigua.

Era un sobrio recibidor parecido al de un antiguo y pequeño hotel. Todo enchapado y adornado en madera laqueada. Ahí esperaba un grupo de caballeros, propiamente vestidos como me había dicho el hombre del parque. Nadie pareció prestarme atención puesto que mi esmoquin encajaba perfectamente. Algunos se dedicaban a hablar con quien los acompañaba. Los que iban solos caminaban lentamente de aquí a allá y movían ligeramente la cabeza o se despojaban del sombrero, saludando. Todos llevaban barbas pulcramente cortadas y todos veían constantemente un cuadro que parecía presidir la solemnidad del lugar en lo alto de la pared tras el mostrador, un cuadro con claroscuros rembrandtianos donde se veían niñas desnudas en un paisaje rocoso. De pronto un pequeño hombre, vestido como todos, salió de alguna parte sobándose las manos y dijo algo en holandés, que no entendí. Ordenadamente los caballeros pasaron a una ventanita que se abrió como una rejilla de teatro antiguo. Uno a uno entregamos el boleto. Al tocar mi turno, el hombre me preguntó algo en holandés y al responderle en idioma inglés que no hablaba holandés, sonrió amablemente. ¿Primera vez?, preguntó en inglés,

y luego, sin esperar respuesta y sin perder la sonrisa a la que podríamos tildar de misteriosa, dijo, en inglés con marcado acento:

—No olvide que es un representación, sólo eso...

La distribución del pequeño teatro era idéntica a aquel en el que había visto el espectáculo del sexo en vivo, sólo que aquí la humedad del canal había hecho lo suyo y el empapelado y el ambiente enmohecido le daban un aire lúgubre y tétrico, el estilo y la edad del remodelado en madera laqueada se remontaba al siglo XIX. Sin más preámbulos se apagó la luz y de inmediato se levantó el telón. Un hombre de traje negro, barbado apareció y fue a sentarse a un sillón de lectura junto a un librero, de donde tomó un libro y lo abrió por la mitad, junto a una difuminada lámpara sobre una mesita de noche, aparentando la sosegada calma de una casa. Enseguida apareció esa niña. Era como si fuera más bien la representación de una niña, si es posible tal explicación, o quizás sólo intento justificarme. Llevaba un chal tejido y botitas altas de agujetas con tobilleras, pero iba desnuda bajo el chal tejido. La niña recorrió lentamente el escenario con su chal alzado como si alzara unas cortas alas, de pronto lo abrió y mostró su cuerpecito blanco y su pubis sin vello, sus botitas negras y sus tobilleras y sus ligas de prostituta, el resto de un cuerpecito desnudo en el momento exacto previo a la pubertad a punto de estallar al día siguiente. La carita

redonda y seria, la mirada perdida en la distancia del pequeño teatro. Parecía una gran actriz a punto de recibir una ovación. Entonces el hombre habló desde su silla. Al principio no puse atención en sus palabras desconcertado por la aparición y la actitud de la niña. El hombre hablaba en inglés con acento. Mientras el hombre hablaba, la niña lo miraba de soslayo. De pronto pareció arrobada y en un gesto infantil ladeó su cabecita para escuchar las palabras dando la espalda a su público de caballeros maduros y serios.

Había un gran silencio en la sala.

La niña se acercó al hombre y sentada en un taburete de terciopelo verde oscuro lo observaba y en el audio del teatro se escuchó una voz grabada que dijo *Read me a story*. En la grabación hubo algo afectado, como las vocecitas de niños en las películas de horror. Una música triste comenzó, suave y lejana. El hombre leyó el cuento. Un cuento muy breve, de una oruga y un conejo. Entonces la niña se levantó y la voz grabada dijo *I don't like it*. Una música diferente comenzó mientras la voz grabada de la niña decía *I am bored*. Entonces la niña bailó frente al hombre, muy seria, bailó una elaborada danza con reminiscencias andaluzas. Una danza con alto nivel profesional a pesar de su corta edad. La penumbra y mi lugar entre los últimos, no me dejaban ver bien. ¿Era una niña de verdad? Seguía preguntándome. De pronto la niña finalizó su danza

para luego acercarse decidida al hombre como si se ofreciera coquetamente a él, como amparada por su inocencia dudosa, los cinco dedos grandes y fuertes del hombre le rodearon la cintura, pero mostrándose dubitativo, y ella se dio la vuelta cabizbaja, como si supiera que el otro dudó ante su seducción, entonces el hombre la llamó y la niña arrojó el chal y se mostró desnuda, sólo con las botas altas de agujetas y los olanes de las tobilleras sobresaliendo y en los muslos el ligüero, en esa especie de disfraz de prostituta. De pronto vi el alzacuello en el cuello del hombre, y la figura barbada y flaca me remitió a un pajarraco y caí en cuenta de la cercanía entre las palabras, pues estaba pensando en español, “pajarraco” y “párroco”. ¿Se suponía que ese hombre estaba representando a un sacerdote? ¿Qué significaba todo eso? La niña estaba ahora abierta de piernas, mostrándole al hombre su pubis, para luego de incorporarse y después de bailar desnuda y con gran energía el mismo baile, hasta que terminó postrada, mostrando, como quien muestra un secreto, su pubis angelical a la audiencia, que se movió como intentando acercarse, ir hacia adelante, observar aquello de cerca. La música había ido cambiando alternando la música del baile con el sonido de un violín. La niña cubrió sus pechitos incipientes con ambas manos, y cerró sus piernas como si de pronto se avergonzara, e hizo una cara muy triste. En el reducido escenario, con los olores

de todos esos hombres vestidos propiamente, olor a agua de colonia y cremas de afeitarse, sus miradas fijas, anhelantes, también podía detectarse el delicado aroma de la niña. De pronto se envolvió nuevamente en su chal y se volvió a bailar frenética, taconeando, extendía los brazos, crispaba sus dedos y luego los hacía moverse como serpientes, buscaba al hombre, lo rodeaba, buscaba mirarlo a los ojos, buscaba algo que iba más allá de todo lo imaginable y de pronto, con una cara extasiada que estaría entre los más altos niveles de la representación si no fuera porque lo que representaba era repugnante, fue más allá de la simple mueca, de un mero gesto de dolor, buscó la mirada repentina, atónita, el ser que comienza a entender. Y entonces todo se reveló. Se echó atrás sorprendida de su descubrimiento. Le preguntó horrorizada, como ante la vista del demonio, con su carita aterrorizada y cruzada de dolor.

—¿Tú eres mi papá?

Y el hombre lenta y parsimoniosamente asintió. La visión, el rictus de la imaginación por exacerbar y buscar en los recónditos rincones del sentimiento humano las cosas más extrañas. El hombre la apacigua por última vez, la rodea con su brazo, encuentra una manera de estar con ella y entonces la acaricia lentamente, pasando sus dedos por el cuerpecito de la niña de manera sensual, mientras ella lo veía a los ojos, seria, estudiándolo, para luego darle un beso en la boca

y saltar de la misma forma traviesa como salta un gato juguetero y entonces bailó por último una danza alegre, como si conmemorara haber logrado su seducción, haber logrado que el otro la acariciara y luego jugar como una mujer coqueta a acercarse y alejarse, presumiendo, según trataba de entender, y tal como afirman los pederastas, que los niños son los que desean ser violados. Pensé en las eróticas estatuas infantiles de las fuentes de los parques. Pensé en los malvados querubines del renacimiento. Pensé en la perversa imaginación de quien había montado eso. Pensé en la palabra “pederastas”. Y eso fue todo. La música y luego la luz se fueron extinguiendo y las siluetas quedaron en penumbra.

Se escuchó un fuerte aplauso. Algunos se levantaron para aplaudir. En cuanto se encendió la luz fui el primero en salir, tratando de parecer normal y que no estaba afectado. Todo eso duró en total veinte y siete largos minutos de una tensión frenética. ¿Cómo era que funcionaba la mente y los sentimientos de esa criatura ante tal representación? ¿Entendía ella la representación y lo que significaba? ¿Hacía cuánto que se escenificaba eso? ¿Muchos años como había dicho el caballero rojizo? ¿Y si era así, qué hacían cuando la niña crecía? ¿La cambiaban por otra? ¿Acaso era una enana maquillada? Cuando salí al pasillo antes del atracadero no pude evitar la arcada y vomité, a tiempo para limpiarme con



el pañuelo que venía con el traje rentado, antes de que otros caballeros aparecieran en el pequeño y resbaloso atracadero para alcanzar los botes que se acercaban puntuales. Había caído la noche. El bote corrió a velocidad. Vi, a los lados de ese estrecho y solitario canal las fachadas de piedra de las casas, con sus puertas cerradas, mohosas, antiguas y terribles en su misterio.